

Vida cotidiana en re mayor

Casio Pea



Capítulo 1

Cada vez que informaba (porque de pedir permiso, nada) que asistiría a alguna actividad, y en la que era necesario que pudieran aportar económicamente con la entrada a dicha actividad, la respuesta de mi padre siempre era la misma, en forma de pregunta:

- Porqué tienes que ir a todos los eventos? Lanzamiento de libros, conciertos, etc, acaso es necesario? Acaso no puedes perderte alguno?

- No puedo perderme ninguno! Tengo que ir a todos !!!

Cómo poder explicarle a mi padre que en cada sitio al que iba, me encontraba a gente distinta, que podría después hablar de cada concierto al que iba, que en cada oportunidad iba creando mi propia opinión al respecto, y que con esa opinión iba creando mi propia personalidad.

Me convertí en una esponja. Al comienzo, esas experiencias me servían para ir armando mi programa radial "En el nombre del rock" que salía al aire cada domingo desde los cuasi estudios de la radio comunitaria "Los Placeres" en Valparaíso. El programa estaba dedicado a la difusión de música internacional en inglés o español, y también solía ir a la plaza a buscar entrevistados y preguntarles cualquier cosa que pudiera interesar a otros jóvenes de esa edad, cosas que realmente no logro recordar [:(] pero en esa época para mí era interesante.

En fin.

Una vez fui a ver una presentación de "Barroco Andino" en el Aula Magna de la Universidad Técnica Federico Santa María. Casi siempre iba sola a este tipo de conciertos. Aquella vez me encontré con un ex compañero de la Universidad de Playa Ancha, y fue una sorpresa para ambos habernos encontrado allí en el hall central, antes de comprar la entrada:

- Pero tu que estás haciendo aquí?

- Y tú que estás haciendo aquí, también?

- Vengo a ver a Barroco Andino

- Y cómo es que les conoces?

- Y cómo es que tu también les conoces???

Podríamos haber seguido así toda la noche, entonces hicimos la fila, compramos la entrada, subimos hasta la galería y nos quedamos allí sentados, en silencio, escuchando los acordes clásicos en instrumentos

andinos. Desconozco las casualidades de la vida que nos llevaron a encontrarnos nuevamente en otros conciertos en Valparaíso, sin siquiera ponernos de acuerdo. Y volvíamos a preguntarnos lo mismo....“pero qué estás haciendo aquí?”

Capítulo 2

Primavera Sound Barcelona 2012 - The Cure

Un día cualquiera me enteré que venía The Cure a Barcelona. Se trataba del Primavera Sound Festival, que se organiza cada año en esta ciudad. Sólo conocía de este festival al ver la basura tirada alrededor de mi lugar de trabajo. Latas vacías y arrugadas por doquier, vasos plásticos repartidos por distintas calles, chicos extranjeros y bebidos sentados en las veredas, tratando de conversar algo, en fin. Absolutamente lejano a mi estilo de vida, pero este año sería distinto. Ver en vivo a The Cure nunca fue un sueño para mí porque desde el inicio lo consideré imposible de realizar, por lo tanto no estaba en mi lista de imprescindibles.

Estuve persiguiendo distintas webs de venta de tickets online para encontrar el dichoso festival, y semanas después conseguí comprarla a través de "atrapalo.com" (venga, publicidad gratuita para el portal). Me gasté 70 euracos más los gastos de gestión, y varios conocidos consideraban excesivo el importe, pero se trataba de un festival, y la entrada de día me permitía ver distintos conciertos (que por cierto nunca ví).

No había butacas, sólo una barrera que separaba el público del escenario y allí estaba yo, en primera línea dispuesta a rocanroleo como quinceañera hasta que finalizara el concierto, más o menos 3 horas después.

Y llegó el momento. Luces apagadas, humo artificial, acordes de fondo, y de pronto aparece Robert Smith, maquillado como siempre, vestido de negro, pelos revueltos y más gordo que en sus inicios (alguien me dijo que se parecía a falete con esos pelos revueltos).

Sorprendida y muda me quedé unos segundos de tiempo mirando esa figura extraña, regordete (a lo Elvis Presley), que mantiene el mismo timbre de voz que antes, el mismo estilismo, los mismos acordes, y sólo podía recordar que conocí a The Cure en mis 14 añitos cantando "Boys don't cry" y "Why can't I be you" en alguna fiesta escolar.

Ví a Robert Smith y me transporté a Valparaíso, época universitaria, Playa Ancha, Radio Comunitaria Los Placeres, caminatas nocturnas, fiestas de disfraces, guatón Puebla & friends, y me sentí afortunada de estar lúcida recordando viejas canciones y viejas fotos de esa época. Afortunada por estar allí, y descubrir que no es más que un currante cualquiera que ha ganado dinero con su música. Pude distinguir que se comunicaba gestualmente con el encargado de sonido, que el tecladista tenía problemas de retorno, incluso lo ví patear un micrófono, etc. 3 horas de concierto, terminó sudando como chino, y al poco de finalizar, se subieron

a una furgoneta y no les vimos más. Al más puro estilo "Stars".

En fin, no puedo negar que disfruté muchísimo el concierto. Grité, salté, canté lo que pude, quedé sorda a ratos porque estaba al lado de los parlantes, saqué algunas fotos, grabé algunos videos, y me fui en taxi a casa a seguir cantando sus canciones. Como diría un amigo, he flipado en technicolor durante varios días.

Capítulo 3

Trovadores

- Hace poco anduvo por aquí ese trovador que te gusta tanto.
- ¿Cuál? ¿Cuál de todos?
- Jajaja , hay más de uno? El Serrano ese, estuvo aquí en Santiago...

El oficio de trovador errante es uno de los más difíciles, sin duda. Tiene el deber moral de observar cuanto le rodea, desarrollar una opinión subjetiva de su entorno, elaborar un texto que cuadre musicalmente con la armonía de 6 cuerdas de guitarra, y llevar sus canciones por todo el territorio. Más a más, el entorno observado ya no es solamente el barrio, el distrito, la provincia, o el país. Ya es el continente, el cosmos. Pero lo más importante de este oficio (sin desmerecer otros oficios más o menos difíciles) es simplemente conseguir que el oyente descubra en esa melodía una idea, una observación y un juicio respecto de lo que se canta. No crean que estoy sólo filosofando al respecto, pero admiro la capacidad que tiene ese tal Serrano para convencerme de que ha encontrado un piso modesto, céntrico y barato a través del "Segunda Mano".

Trovar? Cantar? Convencer? Más allá de esto, además ha conseguido que no sea solamente yo la convencida, sino que ha logrado convencer a tantas y tantas personas en este continente y en el otro.

Y de paso, casi por añadidura, ha logrado que puedas recordarlo. Y recordarme. Aún cuando te haya mostrado el secreto bien guardado de la canción "Pequeña Criatura".

Ah! y cuídate esa gripe!

Capítulo 4

Piano

No me creíste. Era yo la que tocaba el piano.

Estábamos en casa de chichi, en Valparaíso, celebrando algún reencuentro con los de antes, y en la casa de enfrente había un piano. El tinto me dio valor para pedirlo prestado unos minutos. Casi no recordaba las notas, pero es como volver a andar en bicicleta, las recuerdas mientras tocas. No he tomado nunca clases de piano, pero su sonido me emborracha. Y sólo de tocar y tocar, van saliendo algunos acordes armónicos o al menos "escuchables". Y te llamé. Te llamé para que me escucharas tocar, para que formaras parte de ese momento mágico que duró algunos segundos de tiempo, y te llamé para contarte lo feliz que estaba de volver a tocar el piano. Me escuchaste, al final me creíste. Y te lo agradezco.

También me escuchaste tocar en otro piano, en un lugar donde nunca pensé encontrar uno. Sobre un vagón de tren. Allí me reencontré con esos acordes antiguos, y dejé que mis dedos improvisaran alguna melancólica melodía, casi surrealista, en lo que quedaba de aquellos edificios.

Anoche intenté llamarte para compartir contigo un recital, para que escucharas la algarabía que había en ese recital. Al igual como lo hice con el piano, quería compartir contigo ese momento. Saber que estabas allí, escuchando lo mismo que yo.

Capítulo 5

Cosas de metro

Cada mañana me subía al metro en una hora distinta, no porque lo hiciera a propósito, sino que formaba parte de mi "no-rutina" de hacer algo en las horas muertas mientras mi hijo estaba en la escuela. A veces me iba de compras, otras me iba a alguna biblioteca de mi barrio, otras me quedaba sentada en la plaza tomando el sol y mirando mi alrededor, tal como lo haría cualquier abuelo o abuela después de haber desayunado en la cafetería de la esquina.

Y las cosas que suceden dentro o fuera del metro dan para algo más que un relato corto. Como aquella señora que iba maquillada para una obra de teatro, con la pestaña postiza derecha suelta y las uñas largas y mal cortadas de un rojo intenso que no pasaba desapercibido. O como aquellas chicas gritando a un señor de gafas porque creían que les estaba tomando fotografías sin su consentimiento con el móvil.

Pero un día subió a mi andén un chico alto, delgado con su violín a cuestas y un altavoz en un carrito. En primer lugar tocó las cuerdas de su violín al aire, para afinarlo antes de comenzar. Luego enciende el altavoz, y comienzan a salir unos acordes de bajos. Y el chico afirma el violín con su mentón y comienza a tocar el canon en Re Mayor (D) de Pachelbel. Tocaba de forma dulce, suave y cuidadosa, como si estuviera acariciando con su arco las cuerdas del violín. No éramos muchos en el andén. Un señor jubilado, unas estudiantes universitarias, una señora con traje de oficina, mi mochila y yo. Cuando comenzó a tocar, tan limpiamente, sin errores a pesar del movimiento del vagón, comenzamos a mirarnos las caras con los demás. Las chicas comenzaron a mirar a todos lados, a reír nerviosamente, a hurgar en sus bolsos. El señor jubilado miraba asombrado al chico virtuoso del violín, y no acababa de convencerse de lo que estaba escuchando. Miro su rostro asombrado y mis lágrimas asoman tímidamente. En definitiva, algo pasó entre nosotros aquel momento. Con prisa comencé a hurgar en mi monedero buscando todas las monedas que tenía, el abuelo hizo lo mismo, las chicas también hicieron su aporte. La señora con traje de oficina comenzó a grabarle con su móvil para después dejar caer unas monedas en un pequeño vaso encima del altavoz.

¿Qué fue lo que pasó en ese vagón de metro? A aquel chico tímido del violín no le he vuelto a ver.

Capítulo 6

DESPOJO

El pasado 12 de febrero falleció en la ciudad de la Habana, el trovador cubano Santiago Feliú. Fue un infarto, dicen. Su hermano Vicente Feliú (uno de los creadores del movimiento "Nueva Trova Cubana" junto a Silvio Rodríguez y Noel Nicola) ha posteado en su facebook acerca de la muerte de su hermano: "A los cincuenta por lo general los infartos del miocardio son implacables. Si además estás sobradamente feliz con los últimos trabajos, feliz porque tu hijo que vivía en Barcelona está contigo, y feliz porque con tu nueva compañera, encantadora, vas a tener otra descendencia en un mes, la emoción puede ser fatal. Eso debe de haberle ocurrido al Santi en esta madrugada, cuando le explotó el corazón. La ventaja -para él- es que se fue sin sufrimiento. El sufrimiento como alud nos cae a quienes nos quedamos, los que tendremos que aprender a vivir sin su gaguera, sin sus canciones nuevas, sin su despiste permanente, sin su roja visión personalísima de Cuba."

La primera vez que escuché a Santiago fue en el siglo pasado. Una vieja cinta de cassette, copia de la copia, que llevaba con mi walkman a mis clases en la universidad. Tarareaba por la calle, junto a unas amigas, y unos chicos pasaron a nuestro lado, y nos quedaban mirando por ir cantando (sin pudor alguno) las canciones de Santi. De esos chicos, aún mantengo amistad con uno de ellos, gracias a la música cubana.

Pasa el tiempo, y Santi se presentó en Valparaíso. Allí estaba yo en primera fila, cantando a todo pulmón la voz femenina de su tema "Vida". En Santiago de Chile, en 1997 en un macro concierto recordando la muerte del Che, y a mi llegada a Barcelona, fui a verle cantar al "Luz de Gas" en el año 2007.

Algo hay en su música que no me suelta. No he dejado de escuchar su voz, su rasgueo, sus letras raras, incluso hoy. Cada una de sus canciones tiene alma propia, carisma, personalidad. Sin embargo una, sólo una, me ha remecido hasta en lo profundo. Se llama "Despojo" y después de escucharla pude entender lo del ataque al corazón.

Tanta fuerza, tanta pasión en una sola canción. Este tío era de otro planeta. Tocaba con la guitarra al revés (estilo zurdo) sin necesidad de cambiar las cuerdas de posición. Dicen que aprendió mirando a su hermano, y copiaba los acordes tal cual los veía. Era una mezcla entre un chico sensible, duro, pasional, tímido y quienes le conocieron de cerca, afirman que tenía un sentido del humor muy particular.

Santi, te doy las gracias por tu música, por conocer tu vida a través de tus letras (tu historia familiar en la canción "Rosario"), por darme tantos momentos gratos, por permitirme conocer a tanta gente a través de tu música. Un beso.

Capítulo 7

Unhappy Birthday

Dentro de algunas semanas, cumplirás años. La cantidad de años no es relevante. Lo que sí es relevante es que no estaré allí para saludarte, ni abrazarte, ni darte un beso.

Llevo pensando en tu cumpleaños desde, tal vez... ¿un mes?

Lo siento, aquel día no quise derramar tu café en la cocina, es que tengo un pequeño defecto: suelo chocar con las personas que llevan un café en la mano. Lo sé, me has perdonado, pero no lo has olvidado.

Esta vez no te regalaré un café de Starbucks, sino que te regalaré una canción que ya conoces desde antes.

<https://www.youtube.com/watch?v=BjCD1vfStIQ>

Love you, sweet heart.

Muacks!!